

Una visión más correcta de Dios (19.1–25)

En el mes tercero de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, en el mismo día llegaron al desierto de Sinaí. Habían salido de Refidim, y llegaron al desierto de Sinaí, y acamparon en el desierto; y acampó allí Israel delante del monte. Y Moisés subió a Dios; y Jehová lo llamó desde el monte, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí (19.1–4).

Hay ciertas cosas tan demasiado maravillosas y sobrecogedoras que escapan a toda definición. Por ejemplo, ¿quién es Dios? Podremos llamarle Creador, Padre o Roca. Podremos describirlo como santo, majestuoso o grande. Sin embargo, ¿podremos descifrar *quién es Dios*? Estas frases dicen algo acerca de Dios, pero no nos dicen quién es Él.

¿Quién es Dios? Él es nuestro Padre que está en los cielos. Cuando Moisés le preguntó a Dios Su nombre, Él le respondió: «YO SOY EL QUE SOY» (3.14). Esta respuesta en realidad no nos dice quién es Dios.

Cuando Jesús vivió sobre la tierra, Él dio una idea de quién es Dios. No obstante, imagínese a los israelitas que vivieron antes de la venida de Jesús, tratando de entender quién es Dios. El esfuerzo de Dios por revelarse a Su pueblo podría compararse con el del Sol tratando de revelarse al hombre. Si el hombre pudiera acercarse al Sol, éste lo quemaría. Si el hombre mirara directamente al Sol durante cierto período de tiempo, se quedaría ciego.

El Dios de gloria, de santidad, de majestad, de absoluta perfección y de infinito poder, estaba dándose a conocer en Éxodo 19, a Su pueblo recién formado. Él no deseaba «quemarlos» ni hacerlos «quedar ciegos». Estaba preparando a los israelitas para que aceptaran Su pacto. Les iba a dar Su ley, pero necesitaba que entendieran algo de Su majestad, con el fin de que lo obedecieran y reverenciaran. Les dijo: «Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa» (19.5–6).

Dios tomó posesión de Su pueblo. Se propuso hacer de Israel Su pueblo, mediante un pacto con ellos. El pueblo respondió: «Todo lo que Jehová ha dicho, haremos» (19.8). Ellos aceptaron ser posesión de Dios. Moisés le llevó a Dios este mensaje acerca de la disposición de ellos, y Dios le dio a Moisés instrucciones acerca de la manera como prepararía a Su pueblo para tener un encuentro con Él:

Y Jehová dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos, y estén preparados para el día tercero, porque al tercer día Jehová descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí. Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocare el monte, de seguro morirá. No lo tocará mano, porque será apedreado o asaeteado; sea animal o sea hombre, no vivirá. Cuando suene largamente la bocina, subirán al monte. Y descendió Moisés del monte al pueblo, y santificó al pueblo; y lavaron sus vestidos. Y dijo al pueblo: Estad preparados para el tercer día; no toquéis mujer (19.10–15).

Con estas instrucciones dadas por Dios se le estaba enseñando a Israel (y a nosotros) acerca de la naturaleza de Él.

DIOS ES INACCESIBLE MIENTRAS NO HAYA CONSAGRACIÓN

Dios le dijo a Moisés: «Ponle límites al pueblo alrededor del monte. Si tocáis el monte en que me

encuentro, moriréis. En efecto, mientras estéis siendo apedreados o asaetados a muerte, ¡nadie deberá tocaros! Estaréis llenos de la santidad de Dios». Nadie podía tener tratos con Dios, a menos que se hubiera preparado apropiadamente para ello. El primer día, los israelitas debían consagrarse. Debían lavar sus vestidos. Hasta las parejas casadas debían abstenerse de relaciones sexuales (19.15). Nuestro Dios todavía habita en lo que Pablo llama «luz inaccesible», en 1^{era} Timoteo 6.15–16: «El bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver».

El salmista intentó describir el esplendor y majestad de Dios en el Salmo 104:

Bendice, alma mía, a Jehová.
Jehová Dios mío, mucho te has engrandecido;
Te has vestido de gloria y de magnificencia.
El que se cubre de luz como de vestidura,
Que extiende los cielos como una cortina,
Que establece sus aposentos entre las aguas,
El que pone las nubes por su carroza,
El que anda sobre las alas del viento; el que
hace a los vientos sus mensajeros,
Y a las flamas de fuego sus ministros.
Él fundó la tierra sobre sus cimientos; no será
jamás removida....
¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová!
Hiciste todas ellas con sabiduría;
La tierra está llena de tus beneficios....
Todos ellos esperan en ti,
Para que les des su comida a su tiempo....
Sea la gloria de Jehová para siempre,
Alégrese Jehová en sus obras.
Él mira a la tierra, y ella tiembla;
Toca los montes, y humean.
A Jehová cantaré en mi vida;
A mi Dios cantaré salmos mientras viva.
Dulce será mi meditación en él;
Yo me regocijaré en Jehová.
Sean consumidos de la tierra los pecadores,
Y los impíos dejen de ser.
Bendice, alma mía, a Jehová.
Aleluya.

Muchos se preguntan: «¿Por qué es Dios así?». Aunque no es una pregunta fácil, no por ello carece de respuesta.

LO QUE ESTO QUIERE DECIR ACERCA DE DIOS

Dios es santo. Ser santo significa ser muy especial—único. Por nuestra condición de seres creados que somos, hallamos esto difícil de entender. Es fácil entender lo que podemos ver con nuestros ojos y oír con nuestros oídos, pero Dios no es visible a ojos ni a oídos humanos.

Dios está aparte y es único. Es por esta diferencia

entre él y nosotros, que no podemos acercarnos a Él sin habernos consagrado. La consagración es el proceso mediante el cual uno se purifica para llegar a ser digno de acercarse a Dios. Aun después de que los israelitas fueron consagrados, a ellos sólo se les permitió situarse al pie del monte a observar:

Aconteció que al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento. Y Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios; y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera. El sonido de la bocina iba aumentando en extremo; Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz tronante. Y descendió Jehová sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte; y llamó Jehová a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió. Y Jehová dijo a Moisés: Desciende, ordena al pueblo que no traspase los límites para ver a Jehová, porque caerá multitud de ellos. Y también que se santifiquen los sacerdotes que se acercan a Jehová, para que Jehová no haga en ellos estrago. Moisés dijo a Jehová: El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos has mandado diciendo: Señala límites al monte, y santifícalo. Y Jehová le dijo: Ve, desciende, y subirás tú, y Aarón contigo; mas los sacerdotes y el pueblo no traspasen el límite para subir a Jehová, no sea que haga en ellos estrago. Entonces Moisés descendió y se lo dijo al pueblo (19.16–25).

Nunca antes se había revelado Dios en Su gloria de tal manera. El Sinaí estaba cubierto de humo. El fuego en la cima era el mismo Iahveh. Una bocina o trompeta daba un sonido cada vez mayor. Como no se menciona que el sonido de bocina o trompeta fuera producido por seres humanos, es de suponer que debió haber tenido origen divino.

Cuando Cristo vuelva por segunda vez a llevarse a los cristianos a casa con Él, también dará sonido una trompeta:

He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados (1^{era} Corintios 15.51–52).

Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero (1^{era} Tesalonicenses 4.16).

Mientras Israel observaba y escuchaba, un terremoto sobrevino. No fue éste un temblor

insignificante. Todo el monte tembló al escucharse el gran YOSOY. Este es uno de los pocos lugares de la Escritura, donde tenemos lo que se conoce como *teofanía*, que es una aparición de Dios en Su gloria.

Dios no ha cambiado desde ese día. En la era cristiana, Él ha cambiado la manera como tiene tratos con los humanos; pero la esencia de Dios, Su gloria, no ha cambiado.

LO QUE ESTO SIGNIFICA PARA NOSOTROS

El tamaño de nuestra fe es un reflejo de la idea que tengamos de Dios. Una mujer me dijo que según ella cree, es lo que está en nuestros corazones lo que constituye la esencia de nuestra fe. Según ella lo expresa, no importa lo que creamos, con tal de que nos sintamos bien con ello. ¡El Dios de ella es extremadamente pequeño! No es así el Dios del Sinaí. El poderoso Dios del Sinaí espantó a los israelitas. El temor de ellos se describe en Hebreos 12.18–21:

Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando...

La gente clamaba aterrorizada. Incluso Moisés estaba temblando. El pueblo estaba diciendo: «¡Por favor, oh Dios, no hagas oír tu voz más!». ¡No se olvide usted de este Dios de gloria! Dios es digno de nuestro culto, de nuestra adoración, de nuestra absoluta obediencia y de ser alabado. No es de extrañar que los salmistas no pudieran dejar de escribir acerca de este Dios de los cielos:

Alabad el nombre de Jehová (113.1).

A la presencia de Jehová tiembla la tierra,
A la presencia del Dios de Jacob (114.7).

Te exaltaré mi Dios, mi Rey,
Y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre.
Cada día te bendeciré,
Y alabaré tu nombre eternamente y para siempre (145.1–2).

Alabad a Dios en su santuario;
Alabadle en la magnificencia de su firmamento.
Alabadle por sus proezas;
Alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza...
Todo lo que respira alabe a JAH.
Aleluya (150.1–6).

No tenemos palabras apropiadas de alabanza para

nuestro Rey, el cual se sienta en gloria y majestad, inaccesible en luz gloriosa.

Estamos delante de un santo y glorioso Dios, Rey de reyes y Señor de señores. Nuestra fe no es mayor que nuestra percepción de Dios. La carencia de fe de algunos de nosotros, da como resultado que tengamos un Dios pequeño e incapaz. Tenemos un Jesús que se acomoda a nuestros gustos, y que nos hace sentir bien. Es un Jesús que fortalece nuestra autoestima y nos da buenos «consejos». Algunos tienen un Dios cuyo único propósito es hacernos sentir bien con nosotros mismos. Tenemos un Dios que nos da una organización social que se llama iglesia, dentro de la cual nos asociamos con otros y nos sentimos amados.

Profesamos nuestra religión de modo egoísta, egocéntrico e interesado. Algunos participamos en el culto a Dios con el único interés de recibir inspiración. Necesitamos que nos inquiete profundamente la presencia de un Dios santo. Venimos al culto llenos de culpa, sin haber pedido perdón por nuestros pecados, y con una actitud de rebeldía en nuestros corazones. Nos parece que nadie se enterará de nuestro pecado, sin embargo, para nuestro santo Dios, nuestros corazones son como libros abiertos, y en Él no hay tolerancia para el pecado.

Nos gusta la idea de un Dios bonachón que, al igual que un abuelo complaciente, deja pasar nuestras faltas. Si este es nuestro concepto de Dios, seremos incapaces de valorar la magnitud de lo que Jesús hizo por nosotros en la cruz del Calvario. ¿Con qué propósito sufrió Jesús? Puede que la idea de que alguien haya muerto por nosotros nos humedezca los ojos, pero, ¿entenderemos realmente el problema que se nos resolvió?

Merecemos ser castigados por la eternidad

Nuestro Dios es santo, no existe la más remota posibilidad de que tolere el pecado. Todos los seres humanos hemos pecado. Hemos perdido el derecho de acercarnos a Dios. Merecemos estar separados permanentemente de tan grande Dios. Pablo expresó: «... por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, ...» (Romanos 3.23).

Lo que merecemos es la condenación: «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6.23). Pues, se nos advierte: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» (Hebreos 10.31). Habrá algunos que, el día del Juicio Final, tendrán que bajar la cabeza para oír a Dios decir: «Apartaos de Mí a la muerte eterna». La conducta moral de algunas personas podrá ser muy buena,

no obstante, sin la sangre de Jesucristo no se salvarán de tal destino.

Sin purificación estamos condenados

Puesto que todos pecan, y todos los que pecan van para el infierno, ¿qué esperanza nos queda? Del mismo modo que los israelitas estuvieron presentes delante de su santo Dios, y fueron testigos del humo, el fuego, los temblores y el sonido de la trompeta, nosotros también estamos destinados a comparecer delante de Aquel mismo temible Dios en el día del Juicio Final. No obstante, hubo uno que se interpuso entre nosotros y ese majestuoso Dios, y recibió el golpe de muerte que le sacrificó: «Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne,...» (Hebreos 10.19–20).

Cristo es el único camino que lleva al cielo. No podemos ser salvos sin ser purificados por Su sangre: «... y sin derramamiento de sangre no se hace remisión»; «... pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (Hebreos 9.22, 26).

Hágase una idea de lo que sucedió en el Calvario:

Quando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliese lo dicho por el profeta: Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Y sentados le guardaban allí. Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS. Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda. Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creemos en él. Confió en Dios; libréle ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios. Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él. Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Mateo 27.35–46).

A Cristo se le desamparó en la cruz en el momento que fue hecho pecado por nosotros (2ª Corintios 5.21). La santidad de Dios debía ser satisfecha; sus justos requerimientos para la consagración, debían ser satisfechos. En Romanos 3.23–26, se nos explica:

... por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.

Dios siempre ha sido justo y santo. Todos sus justos requerimientos fueron satisfechos cuando Su golpe de muerte recayó en este amoroso Salvador, el Hijo unigénito de Dios. El Salvador llegó a ser un sacrificio que se cubrió con nuestros pecados: «... quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados» (1ª Pedro 2.24). Nuestro santo y perfecto Salvador tomó el lugar del castigo que a nosotros, con toda justicia, nos correspondía recibir.

La purificación está disponible en la sangre de Cristo

En el día de Pentecostés según se relata en Hechos 2, Pedro le predicó un mensaje de esperanza en Cristo a una audiencia que había crucificado al Hijo de Dios. Los oyentes, compungidos por sus pecados, creyeron en Cristo como Hijo de Dios y preguntaron qué podían hacer para ser salvos. Pedro les dijo que se arrepintieran y se bautizaran en el nombre de este Salvador. Sus pecados serían perdonados, y ellos recibirían el Espíritu Santo en sus vidas.

Saulo de Tarso fue confrontado por el Señor cuando estaba camino a Damasco. Cuando creyó en este Jesucristo Salvador, le dijo Ananías: «Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre» (Hechos 22.16).

Sin purificación, por más buenos que seamos, estaremos destinados a enfrentarnos, con todos nuestros pecados a cuestas, con el santo Dios del Sinaí en el día del Juicio Final.

CONCLUSIÓN

¿Qué visión tiene usted de Dios? Dios es omnipotente, santo y justo, pero también, es misericordioso. Proporcionó una vía por la que podemos escapar de las consecuencias de nuestro pecado. Aproveche usted esa vía de escape obedeciendo los mandamientos que Él da en Hechos 2.38: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo». ■